



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	016
EXP.	066
DOC	0001
FOJAS	4
FECHA(S)	1993

Junio 24 de 1993

*Distinguidos Señores del Presidio, Colegas de El Colegio Nacional
Señoras y Señores*

CONTESTACION A EDUARDO MATOS MOCTEZUMA EN SU DISCURSO DE
INGRESO A EL COLEGIO NACIONAL

por BEATRIZ DE LA FUENTE

Conocimiento y experiencia animan el texto con el cual ingresa Eduardo Matos Moctezuma a ésta quincuagenaria institución. Ha puesto de manifiesto los intereses que le han sido radicales en su quehacer arqueológico. Por ello, y con acierto, deja clara y precisa su postura respecto a tres ~~vertientes fundamentales en la disciplina que profesa y a la~~ cual ha dado renombre internacional. Su validez se refuerza porque las ancla, de modo concreto, en la arqueología mexicana.

Quiero referir, de modo breve, a estas tres expresiones del universo que sabiamente cultiva Eduardo Matos. Indican que la arqueología le ha sido y le es, mucho más que la ardua labor de excavar, estudiar, clasificar e interpretar materias precisas. Es, me parece, una suerte de medio para reconocernos en el pasado, fundamentar lo presente y anticiparnos al porvenir.

La primera expresión proviene, precisamente, de su inquietud historicista al establecer los inicios de la arqueología mexicana en 1790, cuando ocurrieron los hallazgos de la portentosa Coatlicue y de la afamada Piedra del Sol, en la Plaza de Armas de la ciudad de México. No es el hecho en sí del descubrimiento de tan extraordinarias obras de arte, lo que interesa, en esencia, al arqueólogo Matos son todos los pormenores descriptivos, las osadas interpretaciones y

sobremanera, las consecuencias que implicaron. Así quedó asentado en "el primer libro de arqueología" escrito por Don Antonio León y Gama y así, también, comenzaron las polémicas en torno a los quehaceres arqueológicos en nuestro país.

Motivo de discusión fue asignar fecha tan exacta al surgimiento de la arqueología mexicana -cuando precisamente se conmemoraron sus doscientos años- y, aun cuando coincido plenamente con Eduardo Matos, por las razones que expuso, no dejó de suscitar, recuerdo, en su momento, comentarios de quienes señalaban que, precisamente, las primeras exploraciones en Palenque, en el año de 1784 por José Antonio Calderón y en el de 1785 por Antonio Bernasconi -anteriores a las de Antonio del Río- pudieran señalar el nacimiento de nuestra arqueología. La diferencia primordial entre los hallazgos mayas y los mexicanos, es que aquellos quedaron, por breve lapso, en el vacío, en tanto que éstos suscitaron reflexiones y estudios, estimularon inquietudes históricas y científicas, y colaboraron, en la toma de conciencia de un pasado largamente relegado. Palenque habría de esperar unas décadas para ocupar su lugar en la historia de la arqueología mexicana.

Quiero destacar algo de lo dicho por Eduardo Matos ya que me es de particular interés; señala, como una de las razones para fincar en ese dicho año de 1790 la aparición de la arqueología mexicana y anuncia la importancia de "la salvaguarda de ésta información para el conocimiento del pasado de estos pueblos". De tal suerte que el interés en torno al cuidado y protección del patrimonio ancestral, que es orgullo y fama nacional, camina, desde un principio, en ruta paralela a la arqueología.

Sobre la segunda vertiente expuesta por el maestro Eduardo Matos acerca del proceso de desarrollo en Mesoamérica -la macroárea geográfica y cultural en muchos de cuyos sitios el propio Matos ha desentrañado verdades del pasado-, recurre, también, con sentido histórico a revisar crítica y positivamente lo que sobre el tema se ha dicho. Desde la

acertada, para su momento, definición de Paul Kirchoff, pasando por otras consideraciones en torno a la periodicidad y a las cronologías. Así, señala que la idea de Mesoamérica ha de aplicarse a partir del establecimiento de una sociedad compleja, así ocurre con la civilización olmeca, y que si bien se habría de mantener la unidad social mesoamericana a lo largo del tiempo y del espacio, los cambios que se perciben son, primordialmente, de orden cuantitativo. Con sentido tradicional se ha periodificado a la cultura en Mesoamérica atendiendo a supuestos grados notables y significativos en su avance. Eduardo Matos comprende que las divisiones periódicas son útiles como herramienta metodológica, pero no como señaladores de cambios drásticos en el proceso. He aquí un concepto veraz e innovador; para sustentarlo recuerda patrones, políticos y sociales, bien documentados en los últimos pueblos que habitaron el altiplano mexicano.

La tercera vertiente conceptual de Eduardo Matos se ocupa de un asunto teórico principal: ¿es la arqueología parte sustantiva de la antropología o es componente medular de la historia?. Para dar, para darse respuesta a tales cuestionamientos, el arqueólogo vuelve el rostro para mirar la historiografía en ambas ramas del conocimiento. Encuentra actualidad en las definiciones sobre la virtud del enfoque interdisciplinario, emitidas por Don Manuel Gamio y en su idea -vigente y moderna- de la investigación integral para la antropología mexicana. Sin embargo, destaca Eduardo Matos que, la problemática funcional de las distintas ramas del saber antropológico en México, no hace posible, a la fecha, tal integración.

En lo que concierne a la arqueología como parte de la historia, asienta que ambas aspiran a conocer el pasado del hombre en la tierra, la diferencia estriba en que el pasado cercano, es materia del historiador, y el pasado remoto es campo del arqueólogo. Ciertamente, no hay fronteras rígidas entre la arqueología, la historia y la historia del arte, y parece

legítimo subrayar ahora lo dicho al inicio de mi contestación a la lección magistral de ingreso de Eduardo Matos Moctezuma a El Colegio Nacional, que es voluntad de tales disciplinas conocer y recrear el pasado, a fin de afirmarse en el presente y prever el porvenir. De tal suerte que, si en nuestra mira está el conjuntar afanes y metas de las disciplinas antes mencionadas, habremos de encontrar, sin duda, notables elementos unificadores. Si por el contrario, se procurara establecer lo que distingue y otorga autonomía a cada una de ellas, se habrán de definir sus especificidades. Bajo esta perspectiva, convenimos que todas aspiran a recuperar el pasado del hombre, pero la arqueología tiene de suyo la posibilidad de penetrar más hondamente en el tiempo.

Las ideas aquí expuestas por Eduardo Matos revelan sus inquietudes solidarias con su quehacer cotidiano. Este asombra cuando se miran, en perspectiva, los afanes y trabajos en el campo arqueológico, en Comalcalco, Tepeapulco, Tula, Teotihuacán, Tlatelolco, y en especial los referidos al Proyecto Templo Mayor, que han dado grandes luces en el conocimiento de lo que fue la gran urbe mexicana de Tenochtitlán, de las costumbres y creencias de sus habitantes, de su significado como pueblo excepcional en la historia de la humanidad.

Conozco al doctor y maestro Eduardo Matos desde hace cerca de veinticinco años. He visto como ha llegado con esfuerzo y vocación, a la altas cimas del conocimiento arqueológico; de allí vuelve su rostro para reconocerse, para reconocernos en el tiempo presente, al iluminar con su saber las cumbres del pasado.